

¿Quién puede ser psicoanalista? Apuntes sobre una construcción interminable

Virginia Ungar

No hay dudas de que la pregunta que titula este artículo define un campo de pensamiento tan amplio como complejo. Para empezar, podríamos recortar este campo en el terreno de las capacidades por un lado y, por el otro, el de las habilitaciones. Respecto de este último eje, existen discusiones y polémicas sobre las carreras de grado habilitantes para el ejercicio del psicoanálisis. En la Argentina, por ejemplo, sólo los médicos y psicólogos pueden trabajar como analistas. Si bien es un tema que merece ser discutido, prefiero hacer foco ahora en la interrogación sobre las capacidades.

Volviendo a la pregunta en cuestión, podemos considerar otras interrogaciones con la intención de estimular la reflexión. Por ejemplo:

- ¿Existe algo como la vocación? ¿Hay que descubrirla y estimularla? ¿Se trata de algo que no está ahí para ser descubierto sino que se genera en determinadas circunstancias? ¿Qué relación hay entre vocación y profesión?¹
- Aquél que quiere ser analista, ¿siempre puede llegar a serlo?
- ¿Hay un “ser” psicoanalítico?
- ¿Qué papel le cabe a la transmisión en este mapa?

Al escribir estas preguntas, recuerdo una célebre frase de Simone de Beauvoir (de Beauvoir, S., 1949) de *El segundo sexo*: “no se nace mujer, se deviene”. Esta frase, sospecho, admite respetuosamente la siguiente analogía: “no se nace analista, se deviene analista”. Y este devenir, por otra parte, no implica la superación de una etapa o fase sino que podríamos considerarlo una tarea interminable.

¹ Para Leonardo Wender (Wender. 1965:71) la profesión es la expresión instrumentada de la vocación.

Así pensado, el ser analista es producto de un largo proceso de construcción que probablemente tenga raíces históricas en los juegos predilectos de la infancia, que se entraman con ideales aspiracionales y modelos de identificación, pero sobre todo con experiencias (positivas y negativas) y encuentros acontecidos a lo largo de la vida de una persona. En definitiva, ese ser en construcción es consecuencia de un conjunto de encuentros, buscados y azarosos, que terminan de componer una travesía.

Ahora bien, si tuviera que historizar mi travesía de “ser psicoanalista”, comenzaría por la primera entrevista como futura paciente con José Bleger, a los 17 años, que tuvo un lugar nuclear en mi vida. Luego de ese encuentro, “me derivó “. Suena extraña esta palabra que en latín denomina “desviar una corriente de agua” mientras que en la acepción náutica es “ser llevada una embarcación por la corriente” (Corominas, J. 1961/1980))

Pero esta travesía no es sencilla. Ser analista es una profesión riesgosa que requiere preparación. Sin ir muy lejos, un psicoanalista “ofrece” su mente y también su cuerpo (más aún en análisis de niños) para ser “usados” por sus pacientes. Asimismo, esto es mucho más cierto en el trabajo con pacientes muy regresivos, perturbados o con déficits simbólicos. En esos casos -y también con pacientes de la serie neurótica, en menor grado- el estado emocional del terapeuta va a estar habitado, además de por sus propios contenidos, por aquello que el paciente proyecta y necesita que su analista sostenga en sí, que sea capaz de procesar y diferenciar de sus propios conflictos para no reprojectarlos en estado bruto. Es decir, un psicoanalista que actúe en lugar de pensar.

Pero también hay que decir que es posible prepararse para los riesgos. Siguiendo a Meltzer, contamos con el propio análisis como resguardo y con el método analítico como defensa contra “la seducción de las emboscadas contratransferenciales” (Meltzer, D., 1967, pp; 157) En este sentido, una transgresión técnica nos va a advertir sobre este posible evento.

Siguiendo este argumento, se da por sentado que el analista ha pasado por un análisis personal y que ha “introyectado” el método analítico. Nos hemos deslizado así al terreno de los requisitos que habilitarían a alguien para ejercer

esta profesión y allí corremos el riesgo de pensar que, si se cumple con lo que exigen las regulaciones legales en relación al país en que trabaje o de alguna institución que “garantice” su solvencia, se “accede” a ser psicoanalista. En la práctica, la condición normativa es necesaria pero no suficiente.

Por eso mismo, la construcción del “ser analista” es un largo proceso que no se agota en la formación “clásica”². Es una tarea continua e interminable y que suele abarcar toda la vida de un psicoanalista.³

Si retomamos la cuestión de las capacidades, pienso más bien en ciertas *cualidades* de la personalidad como necesarias para ser analista. No hay dudas de que estas cualidades pueden ser parte de la personalidad de aquellos que se inician en la tarea y en el camino de la formación, pero se redimensionan, se entrenan, se desarrollan y también se generan a través del aprendizaje por la experiencia, parafraseando a Bion (Bion, W.R., 1962)

Ahora bien ¿cuáles son esas cualidades? Las primeras son observar y escuchar. En la tradición psicoanalítica, la *observación* se contrapone de alguna manera con aquellas posturas que tienen su eje en la noción de *escucha*. La primera ha sido destacada por la Escuela Inglesa de Psicoanálisis porque la noción de fantasía inconciente está teñida de un fuerte acento en lo perceptual-visual. Mientras que la tradición del psicoanálisis francés, centrada en la noción de estructura y el concepto lacaniano de que el inconciente tiene la estructura del lenguaje, se lleva mejor con el foco ubicado en el analista que “escucha”, por así decirlo, al inconciente que “habla”.

Las dos posiciones parecen contrapuestas en relación a un posible predominio de un órgano sensorial, la vista o el oído. Pero a poco que nos acerquemos al hecho clínico, tal polarización es difícil de sostener. ¿Acaso un analista que escucha hablar a su paciente no registra también los tonos y la música de su

² La formación clásica es la que se basa en el trípode de Eitingon: análisis personal, seminarios y supervisión.

³ Actualmente es un tema candente el del envejecimiento de la población de analistas y no hay criterios comunes en todo el mundo con respecto a la edad en que sería recomendable dejar de trabajar con pacientes.

voz? ¿Los silencios y el lenguaje -sin palabras- del cuerpo? ¿Los ruidos que vienen de afuera del consultorio o sus propios pensamientos, sensaciones corporales o ansiedades?

Otra cualidad sería un tipo particular de *receptividad* en la que se rechaza la inmediata explicación o formulación de teorías. Sosteniendo el no saber y no comprender, Bion describe este estado mental con el término “capacidad negativa” tomado de una carta de Keats a sus hermanos. ¿A qué se refiere? Nada más y nada menos que a la posibilidad de permanecer en la incertidumbre, el misterio y la duda, conservando la paciencia sin “un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón hasta que “evolucione una pauta” (Bion,W.R. 1970 pp117). Es claro que se refiere aquí a causas y explicaciones.

Las cualidades de la personalidad enumeradas sólo se pueden adquirir, como vimos, a través del aprendizaje por la experiencia. Por supuesto que se incluye la formación analítica, la cual permite introyectar la actitud analítica a la que me referí en otro artículo (Ungar, V., 2000). Pero ésta no es suficiente, sólo constituye una base sobre la cual se va a seguir construyendo el “ser psicoanalista” una y otra vez. Entre otras razones, porque, a lo largo de toda la vida, el analista confronta no sólo con las resistencias y la tendencia a la evitación del dolor mental de sus pacientes, sino también con sus propias resistencias al análisis, que como nos recordara Bion, son tan fácilmente movilizadas por los pacientes en uno mismo.

El trabajo de un analista es solitario por definición y, al no tener gratificaciones y reconocimiento visibles afuera del consultorio, a esto se agrega una importante deprivación narcisista. Es una tarea en la que la creación de un espacio de intimidad y el respeto por la confidencialidad son requisitos insoslayables. Esto tiene un alto costo subjetivo para el analista en tanto único testigo en caso de que un paciente mejore.

Si esto siempre fue un reto (en el doble sentido de la palabra) para el analista, lo es más en una época como la nuestra en la que la intimidad se ha vuelto un espectáculo (Sibilia, P, 2008) Por otra parte, también es difícil la tarea cotidiana cuando ese proceso de construcción se lleva adelante en lugares de poca estabilidad social y económica, de gran oferta de “curas express”, en

sociedades de culto al “éxito” con la consiguiente presión de “excelencia educativa” y de tendencia a la medicalización salvaje.

Así pensado, puede ser analista y, lo que es más importante, puede continuar siéndolo, quien es capaz de sostener la pasión por la tarea y lograr transmitirla, inclusive, en estas condiciones. Pero ¿qué podría impulsar y recrear esa pasión? Al respecto, no pretendo ensayar una respuesta en regla pero ensayo una hipótesis.

Sólo una actitud de introspección, de regulación de las propias aspiraciones narcisistas, de apertura a lo nuevo y actitud de reflexión, de diálogo sincero entre colegas y con otras disciplinas podrá sostener en un psicoanalista la pasión por nuestra tarea, que si bien es de riesgo y dolorosa, permite, como pocas, ser testigo del encuentro de alguien consigo mismo de una manera que tenga la posibilidad de elegir con libertad y según su propio deseo.

Referencias

- Bion, W,R, (1962) *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidós, 1987
- Bion, W,R, (1970) *Atención e interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1974.
- Corominas, J. (1980) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, editorial Gredos, Madrid, España, 1980.
- de Beauvoir, S. (1949) *El segundo sexo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
- Meltzer, D. (1967) *El Proceso Psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- Sibilia, P: (2008) *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica), 2008
- Ungar. V. (2000)” Dos planos en la formulación de la interpretación psicoanalítica”, XXII Simposium APdeBA, Buenos Aires, noviembre de 2000.
- Wender, L. (1965) *Psicoanálisis de la Vocación*, Revista de Psicoanálisis, Vol.XXII: n°1-2, Buenos Aires, 1965.